

Texto para el Día Mundial de las Artes Escénicas para la Infancia y la Juventud (20 marzo)

La poeta americana Louise Glück sólo necesitó dos versos para decirlo: “Miramos el mundo una vez, en la infancia. El resto es memoria”. Sin duda, una de nuestras grandes responsabilidades como sociedad es atender, respetar, cuidar y ensanchar la sensible mirada de la infancia. Porque cada instante y desde ámbitos diversos, los adultos decidimos hacia dónde dirigimos la mirada de la niñez. Hemos comprendido —quizá no demasiado tarde— que no podemos entregársela sin prudencia a los dispositivos virtuales. Los niños han de levantar los ojos de las pantallas y volver a mirar frente a frente nuestro hermoso mundo herido. Han de llenarse los ojos con la forma, el olor, y el pulso vivo de las cosas presentes. Han de alzar los ojos para ver la poesía que esconde todo lo que nos rodea y que ellos, los niños, las niñas, saben descubrir con natural facilidad.

Los niños construyen con muy poco infinitos mundos de resonancias prodigiosas gracias a su imaginación poética. Son entonces los mejores espectadores con los que cuenta el teatro ahora mismo. En su étimo, el teatro es el lugar al que vamos a mirarnos. Las administraciones públicas deberían velar e incentivar un teatro en el que la infancia fuera protagonista, un teatro en el que la infancia pudiera mirarse y ser mirada, en el escenario y en el patio de butacas. El maestro Antoni Benaiges nos los recuerda: “Los niños no pueden ser aquello que uno quiere. No son cosas. Tienen que ser según los valores que esconden. Esto mismo, ellos mismos. Que piensen, que sientan y que amen. Dejemos que sean niños. Respetémosles en todo momento”. Hay que respetar, sí, a niñas y niños por lo que ya son y no como posibilidades de futuro. Ellos

son lo más valioso que tenemos, aunque no ganen ni gasten dinero propio. Esa es la paradoja formidable que algunos no quieren aceptar. También las gentes del teatro deberíamos dejar de considerarlos espectadores del futuro: son ya los mejores espectadores del presente porque su asombro y su imaginación son generosos, sinceros y exigentes.

Nosotros, los que nos llamamos adultos, no nos deberíamos dejar arrancar con tanta facilidad nuestro niño interior. Hay que mirar con los ojos de la niña y del niño que un día fuimos. Hay que mirar con esos ojos y pedir la luna, las constelaciones, el infinito. Y hay que pedirlo con la fe de la niñez: si lo hacemos así quizá la vida los ponga en nuestras manos. La mirada del niño es la más política, porque sólo con sus ojos podremos vislumbrar otros futuros. Qué hermoso sería acompañar como espectadores a los niños en el teatro porque, no lo olvidemos, siempre tendremos “a nuestro cargo” la niña o el niño que fuimos. Ojalá, sí, que los adultos viéramos las obras dedicadas a la infancia y la juventud con la humildad necesaria. Qué hermoso prodigio sería sentirnos niños crecidos entre los niños. Dylan Thomas, otro poeta, sólo ha necesitado un verso para decirlo: “La pelota que arrojé cuando jugaba en el parque aún no ha tocado el suelo”.

Escrito por Alberto Conejero
Dramaturgo y director de escena